LOS ULTIMOS INDIGENAS CHIMILAS

GUSTAF BOLINDER

Traducción de Sonia Goggel

Fotografías: Jorge Mario Múnera

Con motivo de las dos expediciones que efectué durante los años de 1914/15 y 1920 en el norte de Sudamérica, tuve la oportunidad de un corto encuentro con indígenas chimilas de los bosques alrededor del Río Ariguaní, el cual baja de la Sierra Nevada y desemboca en el Río Cezár (sic). Desafortunadamente estas visitas, en cuanto a su duración, fueron muy limitadas, ya que en ambos casos estaba a punto de regresar a Europa y, aparte de eso, no era fácil encontrar las chozas de los indígenas.

En octubre de 1915 crucé, acompañado por mi sirviente indígena, Francisco, los bosques que se encuentran en el camino entre la ciudad de Valledupar y el punto final del ferrocarril de Santa Marta, Fundación, en búsqueda de indígenas chimilas que se decía debían vivir allí. Habíamos calculado algunos días para encontrar a los indígenas, a los cuales deseaba conocer sin falta. A causa de la estación de lluvia reinante nuestro propósito fue considerablemente dificultado,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

ya que los caminos se encontraban pantanosos e inutilizables. Constantemente nos rondaban insectos. De día éramos atacados por "moscas de arena", llamadas jejens (sic), de noche por mosquitos de fiebre y al atardecer nos manteníamos muy ocupados tratando de liberarnos de garrapatas y niguas. El Río Ariguaní había crecido considerablemente a causa de la lluvia, lo cual nos obligó a pasar 24 horas en la orilla oriental antes de poder atravesarlo con los caballos y con nuestra única mula cansada y entumecida. Esta larga espera nos fue de todos modos provechosa, ya que por casualidad encontramos a un hombre sólo y enfermo, acostado a la orilla del río: había sido mordido por una serpiente. Le ayudamos lo mejor que pudimos y se evidenció que él era la única persona entre las que nos habíamos topado hasta ese momento, capaz de describirnos el camino que nos llevaría a donde los chimilas. Después de cruzar el río anduvimos errantes a lo largo de la orilla durante largo rato, buscando un sendero entre la hierba enmarañada y de la altura de un hombre. Gracias a la sagacidad de Francisco finalmente encontramos un camino muy malo, el cual tenía la apariencia de ser el que nos llevaría a donde los chimilas. Nos vimos obligados a dejar los caballos y la mula en la orilla, ya que era absolutamente imposible llevarlos por ese camino. Empero sólo caminamos unas pocas horas para llegar a la primera choza chimila, una casa grande totalmente cubierta por hojas de palma.

Los indígenas que se encontraban en la casa, un hombre de edad, una mujer, un muchacho y una mujer de mediana edad con un bebé, si bien no nos recibieron con abierto desaire de todos modos fueron muy reservados. A alguna distancia vivía otro hombre, solo, en una casa grande y similar a la anterior, a la cual, además, pertenecían dos chozas abiertas que servían de despensa. Desgraciadamente sólo nos fue posible quedarnos durante ese día donde los indígenas, ya que debíamos regresar al encuentro de nuestros animales. Además, estábamos tan retardados que en Fundación ya se había ordenado la preparación de una expedición de rescate, como más tarde nos enteramos. De todos modos nos fue posible recoger una pequeña pero muy interesante colección de utensilios.

Después de haber finalizado mi expedición donde los indígenas goajiros, paraujanos y motilones en 1920, llegamos a Barranquilla a esperar un barco. Resultó, empero, que antes de la salida del barco teníamos una semana a nuestra disposición, lo cual me llevó a la decisión de visitar de nuevo a los chimilas. El fotógrafo de la expedición y yo viajamos a través del delta del Río Magdalena hacia Ciénaga y de allí con el ferrocarril a Fundación, mientras que mi mujer permanecía en Barranquilla. En Fundación nos fue dicho que sólo restaban 14 indígenas chimilas y que vivían en un pueblo entre Fundación y el Río Magdalena. Además, nos comentaron que estos indígenas se habían mezclado con los criollos, y por lo tanto habían adoptado todas sus costumbres, por lo cual nosotros perdimos todo interés por visitarlos. Decidimos, por consiguiente, arriesgarnos a perder o a ganarlo todo y nos dirigimos de nuevo al Ariguaní, donde los criollos habían fundado algunos poblados en ese tiempo. Esperábamos obtener de ellos información más precisa acerca del paradero de los chimi-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia

las. Como no nos fue posible conseguir caballos a precios razonables decidimos ir a pie, acompañados por un peón, y llevar con nosotros un burro de carga. También ésta vez el camino fue nada menos que agradable. Pese a que nos encontrábamos viajando a finales de enero, es decir, en la estación seca, ya en la primera noche nos sorprendió la lluvia. Buscamos refugio en una choza del bosque, de donde fuimos espantados después de algunas horas por innumerables mosquitos. Según nos informaron los colonos blancos asentados a orillas del Ariguaní, encontraríamos unos pocos indígenas chimilas un buen trecho río arriba. Las chozas que había encontrado en 1915, desde hacía mucho tiempo estaban abandonadas y quemadas. Después de dejar atrás nuestro burro de carga, buscamos un camino a lo largo del río, y nos fue posible alcanzar nuestra meta por pura casualidad. Caminamos tres días y tres noches casi sin dormir. Encontramos dos pueblos contiguos, uno con ocho chozas y el otro con dos. Un sólo ser viviente estaba en casa: una mujer vieja, ciega, cubierta de heridas y que no hablaba castellano. Esperamos todo el día la llegada del resto de los habitantes, los cuales apenas aparecieron al atardecer y eran un hombre, dos muchachos, una mujer de edad y una mujer joven, así como un niño. Los hombres primero se nos acercaron con el arco tendido y las flechas listas para disparar. Probablemente los asustó la filmadora que habíamos puesto frente a las chozas. Sin embargo, se tranquilizaron rápidamente y aceptaron algunos collares, cuchillos y otros regalos. Los muchachos sabían un poco de castellano, ya que habían trabajado durante un tiempo con los criollos. Así nos enteramos de que en verdad sólo eran siete personas, aunque al construir las chozas habían sido más. Tal vez los otros habían muerto en epidemias de sarampión o de gripa, las cuales habían causado muchas víctimas entre los indígenas y criollos del departamento del Magdalena en el año anterior. Según sus declaraciones no existían otros indígenas chimilas fuera de ellos —a los indígenas medio civilizados, antes nombrados, de más abajo del Río Magdalena no los consideraban como tales, ya que aquellos no querían saber nada de sus hermanos tribales independientes—. Los muchachos, además, nos comentaron que no se atrevían a ir donde los blancos mientras el viejo estuviera vivo, pero que se les hacía difícil resistir las ganas de ir, ya que donde estaban no podían conseguir mujeres. Un indígena de todos modos depende mucho de la ayuda femenina, ya que existen una serie de trabajos que no pueden ser efectuados por los hombres. El viejo había acaparado para sí las dos mujeres aptas para trabajar. El otro muchacho era hijo del viejo y de una mujer ya muerta.

El viejo y las mujeres nos trataban con constante desabrimiento. Ni siquiera nos fue permitido dormir en sus chozas sino que nos vimos obligados a pasar la noche al aire libre sobre un lecho de hojas de palma. Además, las hamacas de los indígenas son demasiado cortas para nosotros. En lo que concierne a alimentos, sólo pudimos conseguir algunas batatas y una única yuca. De todos modos los chimilas disponían escasamente de los víveres para sobrevivir. Los maizales que circundaban las chozas tenían un aspecto desesperadamente magro. En la cacería, de la que acababan de regresar, no les fue posible

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

conseguir ninguna presa. Según sus informaciones era la primera vez que esas chozas eran halladas por blancos y estaban muy afligidos a causa del descubrimiento de su refugio. Nos vimos obligados a abandonar ese sitio ya el día siguiente. Los dos muchachos nos acompañaron un buen trecho, probablemente para estar seguros de que realmente nos marchábamos. Sin embargo, logré completar mi pequeña colección de 1913 (sic) y, además, me fue posible hacer algunas filmaciones.

* * *

Los indígenas chimilas son mencionados varias veces en la literatura antigua, aunque se habla de su salvajismo y de su belicosidad, más que de su cultura. En 1514 Oviedo describe los indígenas de la costa de la región de Santa Marta, los cuales tenían varios rasgos en común con los chimilas en lo que concierne a la cultura. Culpa a esos indígenas de ser caníbales, ya que en sus chozas, repetidas veces, se tropezó con fragmentos de cuerpo humano colgados, manos humanas saladas (?), y, además, vio que llevaban collares hechos con dientes humanos ensartados. No obstante se puede suponer que en este caso se trata de trofeos o, quizá, simplemente de extremidades de simios. Cuando Ximenes de Quesada viajó con sus tropas desde Santa Marta hacia el sur en 1536, se encontró con indígenas belicosos. Les disparaban flechas envenenadas y los heridos morían, a más tardar, el séptimo día. Entre otras también cruzaron la provincia "Chimilla", la cual se hallaba 40 leguas al sur de Santa Marta, es decir, no en la región de Ciénaga y Fundación, donde ahora se establecieron grandes plantaciones de banano [1]. Aguado también describe a los chimilas como hombres desnudos y belicosos y dice que les causaron más daños a los españoles que los españoles a ellos [2]. En otro trabajo Aguado comunica que los chimilas acostumbraban vivir en las cercanías del mar y cerca de Santa Marta. Piedrahíta menciona que estaban establecidos hacia "Sienaga". Castellanos cuenta como Lope de Orozco mandó al capitán Antonio Cordero que poblara la provincia Chimila con blancos y relata los combates que padecieron contra ellos [3] [4].

Julián relata que en su tiempo los chimilas constituían un peligro para los que viajaban por el Río Magdalena y que, además, asaltaban a los viajeros que se dirigían hacia la Provincia (Valle del Cezar) (sic). Su tribu parece haber comprendido unas 200 familias. Hacían insegura toda la región desde el departamento del Magdalena hasta Molino y Villanueva (?), al igual que desde Santa Marta hasta Tamalameque. Construían chozas de pasto. De resto Julián se preocupa, sobre todo, por comunicar lo que se había hecho para pacificar a los indígenas y hace propuestas de cómo se podría lograr mejor esa pacificación. Según sus afirmaciones los chimilas asaltaron una vez a un clérigo, le robaron los cálices de la iglesia y los fundieron para hacer puntas de flecha [5].

(1) "La provincia que se llama Chimilla que es el confín y en la halda de los indios flecheros caribes". Oviedo y Valdés, Historia General y natural de las Indias. Madrid 1851, I, pág. 154.

(2) Aguado, Historia de Santa Marta, Madrid 1916-17 I, pág. 164. El mismo, Historia de Venezuela. M. I, pág. 12.

(3) Piedrahíta, Historia general de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada, Amberes 1688, I, pág. 66.

(4) Castellanos. Elegías de varones ilustres, Madrid 1874. II, pág. 360.

(5) Julián, La perla de América, Madrid 1787. pág. 154.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

Nicolás de la Rosa escribe que los chimilas vivían en las montañas arriba de Río Frío hacia la costa y que andaban vagando por las montañas arriba de Santa Marta (?). Según sus afirmaciones el nombre chimilas o chimiles significa que son numerosos. Andaban desnudos tapándose sólo los organos genitales con una fruta o una cápsula. Usaban coronas de plumas, tenían el pelo largo y se pintaban el cuerpo para protegerse contra los insectos. Sus ataques los realizaban por medio de emboscadas y eran hábiles en el manejo de arco y flecha. Con su aspecto salvaje y sus singulares gritos de guerra infundían profundo pánico. Entre ellos se encontraban monstruos que poseían dobles filas de dientes. Los españoles los castigaban reduciendo a cenizas varias de sus poblaciones (6).

El único que, según mis conocimientos, visitó a los chimilas en tiempos recientes es De Brettes, el cual realizó varias observaciones interesantes sobre ellos (7). La siguiente descripción será complementada con esas observaciones, al igual que con las pocas informaciones que aparecen sobre los chimilas en la literatura antigua. Me parece pertinente mencionar que Reclus, el cual en sus viajes no llegó más allá de la parte noreste de la Sierra Nevada, informa que los chimilas parecen haberse asentado en la Sierra de Perija (sic) (8). Evidentemente se trata aquí de una confusión con los indígenas motilones, lo cual es confirmado por Julián que dice que los chimilas parecen haber vivido cerca de Villanueva y Molino.

Desde hace algunas décadas las plantaciones de banano, cuyo centro anteriormente era Río Frío, se estaban expandiendo hacia el sur. El ferrocarril fue llevado hasta Fundación y, hasta mucho más arriba del camino a Valledupar, subiendo por los bosques, se talaron los árboles y se colonizaron nuevas tierras por doquier. De esta manera los chimilas, que de todos modos no podían soportar las condiciones de la civilización, fueron desplazados cada vez más.

Los indígenas chimilas que encontramos algunas millas al norte del camino entre Fundación y Valledupar, y cerca del Río Ariguaní, probablemente eran los últimos restos independientes de una tribu antiguamente grande y guerrera.

Voy a pasar ahora a describir, hasta donde me es conocida, la cultura material de los indígenas chimilas.

Como ya había mencionado más arriba, en mi visita en el año 1920 encontré no menos de 10 chozas, no obstante la mayoría de ellas se encontraban vacías. La base de las viviendas es ovalada. Son formadas simplemente por un techo erigido directamente sobre el suelo. Este techo se compone de vigas que van desde el suelo hasta la cumbrera y son unidas por palos colocados en la parte exterior y amarrados con lianas. En estos palos se fijan las hojas de palma. Esta estructura es sostenida por postes de 1 1/2 a 2 mts de largo, unidos por varas colocadas horizontalmente encima o por lianas entrelazadas. Estos postes forman una armazón interior de ocho esquinas, tal como

(6) Nicolás de la Rosa, Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Santa Marta 1739, traducido por (1) Nicholas, Amer. Anthr. 1901 y (2) Sievers, Globus 1888 (1), pág. 618. (2), pág. 236.

(7) De Brettes, Chez les Indiens du Nord de la Colombie, "Tour du Monde", IV, Nouvelle Série. 1898, pág. 457.

(8) E. Reclus, Voyage á la Sierra Nevade de S. M. París 1881.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

puede observarse en la Fig. 1B. El techo, generalmente, es cubierto desde su cúspide hasta el suelo, y se utilizan para ello hojas de palma dispuestas a manera de tejas. (De Brettes también representa una choza chimila de base redonda cuyo techo termina en punta). La abertura de la puerta se encuentra en uno de los dos lados largos y generalmente es sombreada por un pequeño techo de hojas de palma saliente. Este techito es sostenido por palos que salen horizontalmente de los postes de la puerta y son amarrados a estos. La puerta a menudo es muy baja, de manera que hasta los indígenas, que generalmente son de baja estatura, se ven obligados a inclinarse profundamente para poder entrar a la choza. La abertura de la puerta puede ser cerrada en la noche por una gran hoja de palma. En una de las chozas había un orificio en el techo, el cual aparentemente servía para dejar entrar la luz, ya que el humo de todos modos sale por entre las hojas de palma del techo. Por lo demás el interior de la choza es oscuro. Uno o más fogones arden constantemente dentro de la choza. Preferiblemente se encuentran cerca de uno de los frontones o un poco en el lado. Frecuentemente también se observa un fogón localizado fuera de la casa y que arde, sobre todo, durante el día. En un extremo de la choza por lo general se encuentra un piso elaborado de caña o de algún material parecido, dispuesto a través de las varas que unen los postes que sirven de soporte al techo. Los listones y palos que forman ese piso a veces se colocan sueltos, pero usualmente se ajustan a las varas horizontales que se encuentran por debajo. A veces también se encuentra una plataforma especial que se apoya sobre tres o cuatro postes que son unidos por varas horizontales, las cuales se ajustan a los postes por medio de pinzas. Sobre estas varas finalmente se disponen los listones. Estas estanterías hechas de listón se utilizan para depositar canastos con diferentes contenidos, como calabazas, etc. Puede también ocurrir que en vez de dormir en las hamacas se utilicen como lecho estos estantes. Es usual utilizar el techo para fijar a él toda clase de utensilios, como serían flechas, materiales para hacer flechas, husos, etc. Además, de los postes cuelgan bolsas y mochilas. En mi primer visita observé que habían colgado gran cantidad de tortugas terrestres en cuerdas que se extendían a lo largo de las paredes. Estas movían lentamente las patas y al ser tocadas silbaban y escupían. De esta manera los chimilas almacenan carne fresca, ya que estos animales resistentes pueden vivir durante semanas sin comer ni beber. Aquí y allá cuelgan las hamacas teñidas de color pardo, en las cuales se descansa durante el día y se duerme en la noche. Se encuentra también otro tipo de choza que tiene un techo de dos aguas sin frontón. Las vigas en estas chozas generalmente no se prolongan hasta el suelo, o cuando esto es el caso no se considera necesario cubrir la parte inferior con hojas de palma. Estas chozas parecen ser usadas como despensa, sin embargo, a los indígenas les gusta dormir la siesta durante el día en ellas, ya que son más aireadas que las otras. En estas chozas también se encuentran plataformas y estanterías, las cuales, a menudo, ocupan la

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

mayor parte del espacio, por lo cual estas chozas a veces sólo consisten en una plataforma y un techo que las cubre. Estas chozas son siempre considerablemente más pequeñas que las primeramente descritas. En la construcción de la choza a menudo se aprovechan árboles fijos desramados.

Las grandes viviendas de los chimilas coinciden perfectamente con los "Palenques" de los indígenas de Centroamérica, lingüísticamente emparentados con ellos. Además ambas culturas presentan diversos rasgos en común. Dr. Gabb [9] hace 50 años describió las chozas de los bribris de la siguiente manera: "Las casas de los bri-bris normalmente son circulares, tienen 30 a 50 pies de diámetro y aproximadamente lo mismo de altura. La estructura se compone de largas vigas que se extienden desde la base hasta la cúspide y reposan sobre un anillo de enredaderas o de varas de mimbre amarradas en paquetes de ocho a diez pulgadas de grosor. Este anillo a su vez descansa sobre una serie de postes verticales bifurcados, inmersos en el suelo y dispuestos en un círculo aproximadamente un tercio más pequeño que la circunferencia exterior de la casa. Si la casa es grande encontramos uno o dos anillos más, dependiendo del tamaño de aquella, que se colocan por encima del anillo base y en vez de descansar sobre postes se ajustan a las vigas inclinadas del techo. Toda la estructura es densamente cubierta con hojas de palma y rematada en su cúspide con una vasija vieja de barro, para evitar que la lluvia penetre al interior. La única abertura que tiene la casa es una puerta grande y cuadrada en uno de los lados. Encima de la puerta a veces se coloca una pequeña cubierta para proteger contra la lluvia. El interior de la casa es siempre muy oscuro. A veces los bri-bris en vez de construir la casa con base circular la hacen elongada y con cumbrera. Además los extremos son redondeados y con la puerta en uno de los extremos".

Skinner [10] visitó a estos indígenas en 1917 y sólo encontró dos chozas de este tipo. Ambas eran cónicas y por lo demás el tipo de construcción coincidía con la descripción hecha por Gabb. Allí nuevamente se hallaban las estanterías rectangulares para almacenar toda clase de artículos. Bovallius [11] retrató un "Palenque" parecido al de los chimilas; sin embargo, éste no tenía una abertura en el techo para dejar entrar la luz, pero en el frontispicio se encontraba una puerta sombreada por un techito. Esta casa multifamiliar medía 30 mts de largo, 18 mts de ancho y 15 mts de alto. Contra sus paredes se hallaban ocho lechos de 1 mt de ancho por 2 mts de largo, hechos de palitos de cocotero o de caña de azúcar, así como una estantería. Según Sapper [12] las tribus chibchas construyen chozas circulares u ovaladas cuyos techos se prolongan hasta el suelo y descansan sobre varillas que están dispuestas en forma de octágono. Estas chozas se contraponen a las chozas cuadrangulares y con techo de dos aguas o inclinado que construyen las tribus del norte de Centroamérica. A veces los techos de las chozas chibchas no llegan hasta el suelo. En esos casos se construyen paredes en forma de cerca. El techo termina

(9) Gabb, W. M., On the Indian tribes and languages of Costa Rica, Proc. Amer. Philos. Soc., Vol XIV, pág. 514. Phil'a 1875.

(10) Skinner, A., Notes on the Bribri of Costa Rica, New York 1920, pág. 47.

(11) Bovallius, C., Resa i Centralamerika, I, Stockholm 1887, pág. 234.

(12) Sapper, K., Der gegenwärtige Stand der ethnographischen Kentniss von Mittelamerika, Arch. für Anthr., 1905, pág. 29. Véase también Globus 1900.

(13) Krickeberg, W., In Buschans Illustrierte Völkerkunde, Stuttgart 1922, pág. 344.

(13) Ibídem.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

en una cumbrera corta, algo arqueada, o en punta la cual es cubierta con una vasija cerámica para proteger el interior de la vivienda contra la lluvia. Cuando las viviendas son alargadas la cumbrera es horizontal. Las viviendas de los Guatuso tienen techos de dos aguas, los cuales en sí se componen de dos simples cobertizos colocados juntos. Este tipo de techo también es usual donde los motilones [13], los cuales, además, construyen viviendas tipo "Palenque". A este tipo de "Palenques" Sapper les da el nombre de verdaderas "casas en forma de toldo" sudamericanas. Es evidentemente visible que las chozas de los talamancas son muy parecidas a las chozas de los chimilas.

También donde los cuevas se encuentran chozas adornadas en su cúspide con una vasija de cerámica [13]. Un tipo de choza con parentesco muy cercano al "Palenque" es la de los arhuacos de la Sierra Nevada [14]. Al oeste del Río Magdalena también se encuentran casas multifamiliares de base circular [15]. "Palenques" de base elíptica se hallan, entre otras, en el área Xingu y en el área Araguaya, así como más al occidente donde los ipurinas, yamamadis y paumiris [16]. La forma circular puede ser considerada como la original. Los tipos de "Palenques" son, por lo demás, bien conocidos y no es de mi interés entrar aquí en detalles minuciosos en cuanto a dibujos de construcción. Tales dibujos fueron publicados, entre otros, por Steere [17].

En cuanto a las estanterías y a los lechos cabría añadir que se encuentran también en otras tribus chibchas, como, por ejemplo, en los ijcas [18], en los guaimi y en los dorasque [19], así como en los chibchas propiamente dichos [20]. Nordenskiöld publicó un mapa de la difusión de las tribus en Sudamérica [21]. Varias de las tribus que son de interés aquí, como los cuevas, los ijcas y los chibchas de Centroamérica utilizan tanto lechos como hamacas.

Los indígenas chimilas generalmente duermen en hamacas. Durante mi primer visita solamente ví hamacas de algodón teñidas de color pardo. No obstante en 1920 me fue posible adquirir una hamaca burda de fibra de corteza. La técnica de manufactura es la misma utilizada por los pueblos vecinos: son las llamadas "barred hammocks". En los extremos de la hamaca se ponen palos transversales a los cuales se ajustan las cuerdas para colgar la hamaca. Las hamacas son demasiado cortas para europeos de gran estatura. Las hamacas son untadas por los durmientes de la pintura roja que estos se echan en todo el cuerpo. Los arhuacos que viven en las cercanías solamente tienen hamacas de fibra de corteza, mientras que los goajiros que viven más lejos tienen hamacas tanto de fibra de corteza como de algodón. En tiempos más antiguos Oviedo (1514) [22] encuentra hamacas de algodón en la región de Santa Marta, Simon [23] las encuentra más allá en el área de Cartagena y Enciso [24] alrededor de Cenu. Las tribus chibchas de Centroamérica utilizan hamacas de fibra de corteza.

A los indígenas chimilas les gusta sentarse tanto por dentro como por fuera de la casa en banquitos. Estos se tallan en madera de una pieza y tienen dos patas, las cuales consisten en dos tablitas de

(14) Bolinder G., Ijca-indianernas kultur, Alingsas 1918, pág. 44.

(15) Cieza De León, Travels 1532-50. Hakluyt Society, Vol. 33, London 1864, págs. 36, 69, 76, 97, 49, etc.

(16) Schmidt, P., Kulturkreise und Kulturschichten in Südamerika, Zeitschr. f. Ethn. 1913, pág. 1066.

(17) Rep. of the U. S. Nat. Museum, 1901, pág. 375.

(18) Bolinder, Ijca-indianernas Kultur, págs. 48, 51.

(19) Pinart, Noticias de los indios del departamento de Veragua. Colección de Lingüística y Etnografía Americana, Tomo IV, San Francisco 1882, pág. 18.

(20) Simon, Primera parte de las Noticias historiales etc., Cuenca 1627. Véase también Restrepo, Los chibchas. Bogotá, 1895, pág. 137 y Oviedo II, pág. 407.

(21) Nordenskiöld, E., Comparative ethnographical studies II, Goteborg 1920, pág. 11.

(22) Oviedo, Tomo II, pág. 354.

(23) Simon, 2 Tomo IV, pág. 26.

(24) Enciso, en Acosta, Comp. hist. París 1848, pág. 448.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia

madera que nacen a partir de los lados longitudinales de la superficie del banquito. El ejemplar que se ve en la Fig. 16, tomada de De Brettes, es bastante más alto que el traído a casa por mí [25]. La difusión del banquito en Sudamérica fue estudiada entre otras por Saville [26] y P. Schmidt [27], a cuyos trabajos me permito remitirme. El tipo de banquito chimila parece haberse difundido hacia el oriente. Los arhuacos, los goajiros y los talamancas utilizan banquitos de otro tipo: con cuatro patas [28/29].

El vestido de los hombres chimilas consiste en un taparrabo tejido de algodón. Cuando conseguimos adquirir esta prenda, lo que, por lo demás, fue difícil, descubrimos que el hombre llevaba interiormente una faja del mismo material, la cual era tan larga que era posible anudar un extremo alrededor del cuerpo y llevar el otro extremo por entre las piernas de atrás para adelante, un poco por debajo del extremo atado alrededor del cuerpo, y dejarlo colgando unas pulgadas en la parte delantera. Según sus afirmaciones los hombres también usan portapenes de calabaza. El taparrabos aquí representado está adornado tanto con franjas de colores entretejidas como con figuras negras pintadas que, supuestamente, representan ranas, lagartijas y humanos. Telas pintadas de este tipo se encuentran, según datos antiguos [30/31], donde los chibchas y probablemente también en la región de Santa Marta, donde telas de algodón preciosamente teñidas eran muy frecuentes [32]. Además, donde los bribris parece haber telas pintadas [33].

Taparrabos parecidos, para hombres y mujeres, se encuentran también donde los talamancas, sin embargo no son pintados sino que son adornados con franjas entretejidas [34]. Las tribus chibchas de Centroamérica también utilizan telas de fibra de corteza [35]. Los portapenes antes nombrados fueron hallados por Oviedo [36] en la región de Santa Marta y, entre otras, también se menciona su presencia en el Darién [37] y en el Río Zulia [38]. Nicolás de la Rosa también los encontró donde los chimilas. P. Schmidt publicó algunas informaciones acerca de su difusión en Sudamérica [39]. Los chimilas se atan fuertemente los brazos y las piernas con hilo, para conservar la fuerza.

Las mujeres chimilas se visten con enagüillas de algodón, así como con una capa que consiste en un pedazo rectangular de tela de algodón sin teñir. Esta tela se dobla por la mitad y se anuda sobre uno de los hombros con los hilos de remate de la tela, de manera que un lado quede abierto y un hombro destapado. Esta capa llega hasta la pantorilla o hasta el tobillo. Este traje es, como bien puede apreciarse de tipo mejicano. Sin embargo se encuentra hasta donde los paeces, lejos en el sur [40].

El mismo tipo de capa también es común donde las mujeres arhuacas. Sin embargo donde los kagabas se aprieta alrededor del cuerpo y donde las mujeres ijcas la capa doble se ajusta con un cinturón.

Donde los chimilas ambos sexos llevan el cabello largo. Usan muy pocas joyas: solamente a veces se ponen collares hechos de

(25) De Brettes, pág. 469.

(26) Saville, M., Contr. to S. American Arch. II, N. Y., 1910.

(27) P. Schmidt, *op. cit.*

(28) Bolinder, Ijca-ind. Kultur, pág. 53.

(29) Bovallius, Colección, Reichsmuseum, Stockholm.

(30) Piedrahíta, I., Cap. 2. "Sus más ordinarios vestidos son de algodón . . . las más comunes son blancas, y la gente ilustre las acostumbra pintadas de pincel con tintas negras y coloradas y en estos fundaban su mayor riqueza".

(31) Véase también epítome, pág. 253.

(32) Oviedo, II, pág. 354: "muchas mantas . . . con muchas pinturas entretejidas". Enciso, pág. 446.

(33) Skinner, pág. 72. Gabb, pág. 497.

(34) Colección de Bovallius. R. M. Skinner, *op. cit.*, cuadro XVIII.

(35) Gabb, pág. 517. Taparrabos femeninos de fibra de corteza.

(36) Oviedo, II, pág. 356: "canutos ósendos caracoles en que los hombres ponen el miembro viril".

(37) Enciso, pág. 453.

(38) Aguado, Historia de Venezuela, I, pág. 99.

(39) P. Schmidt, pág. 1047.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

semillas [41]. Sobre todo los hombres se pintan todo el cuerpo con achiote (Bixa orellana). Ellos mismos aseguran que ese color los protege contra los insectos [42], afirmación que se debe aceptar con precaución, ya que, pese a la pintura, los insectos los fastidian constantemente y, además, se rascan incesantemente. La costumbre de pintarse todo el cuerpo no me es conocida de ninguna otra tribu del departamento del Magdalena. Desde luego las mujeres goajiras se pintan el rostro con color negro o rojo para no quemarse con el sol. Nunca ví que los chimilas se pintaran figuras en el cuerpo. Todos los indígenas chimilas presentaban síntomas de desnutrición. Ante todo los adultos se veían particularmente escuálidos, con el cuerpo cubierto de heridas y débiles. Todos sufrían de una enfermedad de la piel generalmente inofensiva, llamada Carate o Jovero, que deja unas manchas sin pigmento o que le da a la piel un desagradable tinte azul o violeta. Esta enfermedad es muy común en la población mulata del departamento del Magdalena, no obstante no se presenta entre las otras tribus del departamento (tribus arhuacas, goajiros y motilones). Parece tratarse aquí de una enfermedad típica de las tierras bajas tropicales y, ante todo, de las regiones cubiertas de bosques. Aparentemente no es contagiosa, pero parece ser hereditaria, si bien los niños apenas se enferman al llegar a una cierta edad. Según las creencias aquí difundidas la enfermedad se transmite a través de las relaciones sexuales. Según Nordenskiöld la enfermedad es típica de las zonas selváticas a lo largo de los Andes y la observó en las siguientes tribus: Yuracare, Chimane, Mosetene, Chama, Tambopata, Guarayo, Atsahuaca y Yamaica. El Valle Masicuri es el punto más meridional de su aparición, donde es llamada "Tiña" y "Azulejo" [43]. Koch-Grünberg observó esta enfermedad en el noroccidente del Brasil, donde se llama Puru-Puru; además la vio en el alto Tiquié, a lo largo de todo el Icana y sobre el Río Aiary [44]. Simson la vio en el alto Marañón [45], Whiffen [46] donde los indígenas del Río Napo y sobre el Amazonas la encontraron Bates [47] y Wallace [48]. Spruce en un informe menciona que los Puru-Puru son indígenas con manchas que viven en la parte baja del río y de quienes la enfermedad recibió su nombre [49]. Sapper la denomina "enfermedad de las tierras bajas" en Costa Rica (Jiote o Tiña; Cativi, en Honduras y en Nicaragua, parece ser idéntico con Tiña) [50]. Lehmann cita la misma enfermedad en Centroamérica (Bulpís, bien te veo, Carate, Pinto; donde los negros Karaibes (sic) lleva el nombre de Uale-Uale) [51].

Restrepo relata que los vecinos de los chibchas, los tunebos de los Llanos, concebían las manchas del Carate como signo de belleza. Cuando una mujer no tenía manchas de ese tipo ingería una decocción para provocar la enfermedad [49].

Los chimilas parecen alimentarse principalmente de la agricultura. Hasta donde pude comprobar las plantas cultivadas más importantes eran el maíz y la yuca dulce. No obstante, además me fue posible localizar auyama, algodón, plátano, papaya, batata, ñame y pimienta.

(40) Pittier de Fabrega, Ethnographic and linguistic notes of the Paez Indians. Memoirs of the Am. Anthr. Ass. Lancaster 1907.

(41) Anteriormente también tenían coronas de plumas, Castellanos y Nicolás de la Rosa (I), pág. 618.

(42) Lo mismo lo dicen Nicolás de la Rosa y Julián, pág. 161.

(43) Nordenskiöld, E., Forskningar och äventyr i Sydamerika 1913-1914, Stockholm 1915.

(44) Koch-Grünberg, Zwei Jähre unter den Ind. Berlin 1909-1910. I, págs. 49, 140, 249; II, pág. 100.

(45) Simson, A., Travels in the Wilds of Ecuador and exploration of the Putumayo River. London 1886. pág. 178.

(46) Wiffen, The North Western Amazonas, London 1915, pág. 174.

(47) Bates, The Naturalist on the River Amazons, London 1864, pág. 382.

(48) Wallace, A. R., A narrative of travels on the Amazon and Río Negro, London 1853.

(49) Restrepo, pág. 9. Compárese con Rochereau en l'Anthropologie XXXIV, pág. 260.

(49) Ibídem.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

En las descripciones del área de Santa Marta, hechas por Oviedo, encontramos que se cultivaba maíz, yuca, guayaba, guanábana, mucha piña y otras frutas. Enciso escribe sobre una planta que probablemente es la guayaba. Además encuentra algodón y, hacia el occidente, maíz y yuca dulce. Nicolás de la Rosa dice que los chimilas tienen maíz, yuca, papas (¿batatas?) y ñame.

Alrededor de las últimas chozas que visitamos el bosque se encontraba desmontado insuficientemente y se había plantado maíz. El resultado empero tenía apariencia muy miserable. Aquí se suele usar la coa, pero para sembrar también se utiliza la punta de la maza para hacer los huecos. Como ya dije anteriormente, parece que los indígenas sufren de escasez de alimentos. La caza ahora es muy difícil, ya que hasta los simios se volvieron escasos en estos bosques. Según dicen parece que a veces matan peces en el río con arcbo y flecha (para lo cual usan flechas con punta de madera). No me fue posible averiguar si saben envenenar el río para pescar. Empero, los criollos, al igual que los indígenas motilones utilizan dicho método constantemente. También aquí, en este departamento, al igual que donde los paraujanos del Golfo de Maracaibo es muy común matar peces con arco y flecha. Los únicos animales domésticos que encontramos eran unos perros de raza no identificable. Oviedo también menciona perros en la región de Santa Marta [52].

Las armas que usan los indígenas para cazar son el arco y la flecha, y en caso de guerra también utilizan una maza achatada. El arco es de madera dura y del tipo representado en el dibujo. Además presenta una muesca cuadrangular y una cuerda de fibra. Las flechas tienen una asta de caña en la cual se inserta una punta de madera de palma negra. Para evitar que la asta de caña se raje se envuelven sus partes superior e inferior con hilo. Aparte de las flechas con punta de madera de los tipos aquí representados, es decir, en parte con fila de ganchos y en parte con punta burda, también encontramos flechas con punta de hierro lanceolada. Estas últimas se ajustan a una asta corta de madera dura y ésta a su vez se fija insertándola en la asta de caña. Los goajiros, al igual que las tribus chibchas centroamericanas tienen arcos con una muesca redonda u ovalada. Los motilones a su vez usan arcos con una muesca ovalada-puntiaguda. Donde los goajiros y donde las tribus chibchas centroamericanas encontramos flechas burdas. Los tipos de flechas usados por los chimilas son muy parecidos a los usados por las tribus chibchas de Costa Rica [53/54]. Donde los goajiros y donde los motilones existen flechas equipadas con punta de hierro. Estas, sin embargo, son distintas a las de los chimilas [55]. Las flechas usadas por los habitantes de todo el departamento del Magdalena están desprovistas de las plumas direccionales, al contrario de las usadas por sus vecinos del norte. Los chibchas de Centroamérica usan flechas similares a las de los primeros [56]. Al norte del Río Amazonas las flechas sin plumas no son nada inusitadas, sobre todo las encontramos donde los Karaibes (sic) y donde los

(50) Sapper, pág. 13.

(51) Lehmann, W., Zentralamerika, I, Berlin 1920, pág. 19.

(52) "Perros mudos". Oviedo, II, pág. 355.

(53) Bovallius, I, Fig. 60.

(54) Skinner, Cuadro XIV.

(55) Bolinder, Einiges über die Motilon. Zeitschr. f. Ethn. 1917. Fig. 6.

(56) Sapper, pág. 37.

(57) P. Schmidt, pág. 1035.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia

Arowak (sic) en el nororiente. También son comunes donde algunas tribus del occidente como los banivas, uaupe, etc. [57]. En ciertas ocasiones ceremoniales como, por ejemplo, los ritos en los que se les confiere un nombre a los muchachos, los chimilas adornan sus arcos con plumas. Estos adornos de plumas consisten en cuerdas de algodón a las cuales se fijan las plumas mediante pedacitos de cera. Tal vez cuando Oviedo habla de "arcos vestidos de plumas" [58], se refiere a este tipo de adornos. Los indígenas opones que viven a orillas del río del mismo nombre, también le cuelgan adornos de plumas a sus arcos [59]. El arco y la flecha eran armas comunes en el norte de Colombia [60]. Según Castellanos las armas de los chimilas eran "arcos, flechas, dardos y macanas" [61]. Oviedo también habla del uso de arcos y flechas donde los indígenas de la costa [62]. Parece que los chimilas ya no envenenan sus flechas, pese a que esta costumbre parece haber estado muy difundida entre ellos y en la costa de la actual Colombia, y lo es todavía hoy en día donde los goajiros [63]. Julián relata que las flechas de los chimilas las cuales medían "5 palmos" (4 pies), estaban equipadas con puntas de madera o de hierro, las cuales en general no se envenenaban, o bien se les aplicaba un veneno tan débil que la sola agua servía eficientemente como antídoto. Seguramente, se trataba únicamente de provocar una infección que pudiera ser eliminada con un simple lavado de la herida. A veces también se utilizan puntas hechas de espinas de pescado, posiblemente de una variedad de raya, como es el caso donde los goajiros y en el nororiente de Sudamérica, al igual que antiguamente cerca de Santa Marta (Oviedo).

Para tender el arco con especial fuerza los chimilas hacen uso de un aro de madera. Este aro se pasa por encima del metacarpo y mediante el mismo se tira la cuerda del arco hacia atrás. Seguramente los chimilas aprendieron este método de tender el arco de los esclavos negros, ya que estos últimos llegaron allá muy tempranamente. En 1514, con motivo de su visita, Oviedo habla de un "negro mío". Además, los fugitivos negros eran abundantes y frecuentemente ocurrían rebeliones de negros [64]. En Africa occidental encontramos un tipo de aro para tender el arco totalmente equivalente [65].

Pasamos ahora a hablar sobre las mazas utilizadas por los chimilas. Los criollos le dan el nombre de macana, denominación que fue utilizada por los autores antiguos para designar cualquier tipo de maza. Esta misma palabra también se utiliza para designar la palma de chonta, de cuya madera se elaboran arcos, flechas, etc. Encontré tres ejemplares de mazas y me fue posible adquirirlas todas. Estas son fabricadas de madera de dividivi. Dos de las mazas son del tipo con punta aguda: hacia la parte inferior se ensancha y se engrosa y termina abajo en punta. Cuando se quiere poner a un lado la maza se clava con la punta en el suelo, de tal manera que la maza se mantenga erguida por sí misma y esté a la mano

(58) Nicolás de la Rosa dice que los indígenas del departamento del Magdalena tenían flechas con plumas (I), pág. 617.

(59) Princesa Therese von Bayern, Reisestudien aus d. Westl. Amerika. Berlin 1908, pág. 103.

(60) Bolinder, Ijca-indianernas kultur, pág. 96.

(61) Castellanos, II, págs. 356, 360.

(62) Oviedo, II, pág. 354.

(63) Cieza de León, Cap. VII, relata la manera como se preparaba en Santa Marta el veneno para las flechas. Por lo demás Enciso, *op. cit.*, pág. 445, cerca de Cartagena (pág. 447), Cenu (pág. 448) etc. Oviedo, *op. cit.*, II, pág. 353 (Santa Marta). Piedrahíta, *op. cit.*, I, Lib. II, cap. 9 (Tairona) Andagoya, Hakluyt Society IV, pág. 3 (Santa Marta).

(64) Ya en 1540 había fugitivos negros en la Sierra Nevada, Piedrahíta I. pág. 370. Rebeliones de negros, entre otras, en Barquisimieto en 1550, en Panamá en 1549, en Tolú en 1595; Véase Aguado, Historia de Ven. II, Cap. IX-XII y Sasa y Arce, Compendio de Historia de Panamá, Panamá 1911.

(65) Compárese, entre otras, Morse, Add. Notes on Arrow-release, Peab. Mus. 1922 y Buschan, Völkerkunde, Stuttgart 1922. pág. 513.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

cuando el indígena haya disparado sus flechas y quiera recurrir al arma de mano. La punta, además, a veces se utiliza como coa. En este contexto es importante indicar que los bribris usan la maza achatada o macana, por un lado como coa y por el otro lado como maza, lo cual también pudo haber sido el caso en las Indias occidentales (Puerto Rico) (66).

El otro tipo de maza, el cual es muy parecido a un machete, parece representar una modificación originada por la influencia de estos últimos. En la literatura antigua sobre el norte de Colombia, es decir, sobre los taironas (67), los chibchas (68), sus vecinos orientales (69), sobre la orilla occidental del Río Magdalena (70) y sobre los méridas (71), se habla frecuentemente de la maza-macana.

La denominación "Macana" parece indicar que la maza se fabricaba con madera de la palma macana y era achatada porque de esa palma no es posible obtener pedazos de madera más gruesos. Sin embargo, nadie hace una descripción más precisa de este tipo de maza.

La maza achatada parece estar difundida en todas las regiones culturales andinas, al igual que en las zonas de transición meridionales y occidentales (72).

Además incluso en Méjico, al igual que más hacia el norte, se encontraban mazas achatadas (con fragmentos de piedra insertados). En cambio, ya no están en uso donde los arhuacos, ni tampoco donde los goajiros, motilones y paraujanos.

Los lanzadores, los cuales son comunes donde los ijcas y donde los goajiros y que fueron utilizados por los taironas, no son usados por los chimilas y, además, no son mencionados en la literatura. Además, en este caso, se trata de un arma apta para campo abierto y no para el bosque.

Pasemos ahora a tratar los métodos que utilizan los chimilas para triturar semillas y para preparar los alimentos antes de ser cocinados, etc. Encontramos para este fin piedras de moler, morteros y tablas de raspar. Las piedras de moler son alisadas naturalmente por agua de río. Se utiliza una piedra plana como piedra de moler inferior y una piedra algo más redonda como piedra de moler superior. Estas son utilizadas por todas las tribus del departamento del Magdalena, al igual que por las tribus chibchas de Centroamérica, a diferencia de los metales utilizados en el norte (73). Además, antiguamente estas piedras de moler eran muy comunes entre los chibchas propiamente dichos (74).

Donde los chimilas me fue posible observar solamente un mortero de maíz, aparentemente de naturaleza provisional. Consistía en un tronco ahuecado, dispuesto horizontalmente y parecía haber encontrado poca aplicación. Probablemente los chimilas habían aprendido a servirse de él por medio de los criollos. Los morteros que se encuentran donde los ijcas son de tipo africano y todo parece indicar que no se pueden considerar como originarias de América (75).

(66) Skinner *op. cit.*, Fewkes The aborigines of Porto Rico 25; the Ann. Rep. Bureau of Amer. Ethn. pág. 209.

(67) Piedrahita, *op. cit.*

(68) Castellanos, *op. cit.*, pág. 41.

(69) Restrepo, pág. 106. Aguado, Hist. de Ven., I, pág. 231.

(70) Cieza *op. cit.*, Suárez de Cépeda, Relación de los Indios Colimas 1581, An. d. Mus. Nac. d. Arqu. T. N., Méjico 1913, pág. 519.

(71) Aguado, Hist. de Santa Marta, II, págs. 235, 260.

(72) P. Schmidt, pág. 1095.

(73) Sapper, pág. 19, cuadro 2.

(74) Restrepo, pág. 122.

(75) Bolinder, Ijcaindian. Kultur, pág. 57.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

La yuca venenosa no se encuentra donde los chimilas y tampoco en el resto del departamento del Magdalena. La tabla de raspar representada se utiliza cuando se quiere hacer tortas de yuca cocinadas (76). Según las afirmaciones de los indígenas, la yuca se raspa en los bordes. Sin embargo, nunca ví en uso a este objeto.

La carne o se asa sobre una parrilla o se cocina en ollas de barro. Estas parrillas de ramas se parecen en su tipo a pequeñas "Barbacoas" y, en todos los casos que observé, se apoyaban sobre cuatro palos. La carne, por una parte se ahúma y por otra parte se asa sobre estas parrillas y puede, así preparada, conservarse por algún tiempo. Aguado encontró parrillas entre Ocaña y Mérida y afirma que estas son utilizadas conmúmnente por algunos indígenas en Las Indias (77), los cuales ahúman carne y pescado sobre parrillas hasta que estén secos. De esta manera los alimentos se conservan durante más tiempo. Este método es muy importante para los indígenas que no tienen sal, y los chimilas sólo excepcionalmente la tienen a su disposición. También donde los motilones es muy común este método, ya que estos tampoco tienen sal (78). Pinart encontró parrillas de ese tipo donde los chibchas centroamericanos (79). Las vasijas de barro de los chimilas son simplemente de un tipo más burdo y más simple. La única decoración que pude observar fueron los rollos de barro dispuestos aisladamente conservando su forma inicial. Solamente un fragmento quebrado de una vasija grande se encontraba provisto de asa. Los arhuacos también elaboran vasijas de barro con asas.

Las raíces se cocinan sobre la brasa o se asan.

Las tazas y las botellas de calabaza, a veces desprovistas de decoración, se utilizan para servir o almacenar los alimentos. Las botellas a veces se taponan con una tusa de maíz. Además se utilizan cucharas de madera que, según Nordenskiöld, representan un elemento cultural andino (80). Estas también se encuentran donde los ijcas (81). Donde los chimilas no ví ni platos hondos de madera, ni cucharones.

Los chimilas producen fuego por medio de dos palos. Empero desgraciadamente no conseguí motivarlos a que me demostraran cómo producían el fuego. En general el fuego es alimentado de día y de noche de la manera corriente. Para mantener el fuego utilizan abanicos elaborados de plumas, las cuales se mantienen unidas con cera. Las tribus de Centroamérica usan abanicos compuestos de paquetes de plumas de pájaro atadas, dispuestas en forma de rueda (82). Abanicos de plumas también se encuentran, entre otras, en la costa del Perú, en el Chaco y en el área del alto Amazonas. Según Nordenskiöld se trata de elementos culturales andinos (83). Al norte de la región de habla chibcha en Centroamérica se utilizan abanicos tejidos, los cuales son todavía elaborados por los arhuacos y por otras tribus del departamento del Magdalena. Para barrer la ceniza los chimilas, al igual que los ijcas,

(76) Los chimilas no cocen pan ni de maíz ni de yuca, en cambio cocinan albóndigas de maíz o de yuca.

(77) Aguado, Hist. de Ven., I, págs. 76, 187. Compárese con Jorge Robledo Coll. doc. ined. Madrid 1864 (2), pág. 293. Nordenskiöld Comp. ethn. st. I cap. XIII.

(78) Bolinder, Einiges über etc., pág. 36.

(79) Pinart, pág. 18.

(80) Nordenskiöld Comp. ethn. st. I, pág. 84 y siguientes.

(81) Bolinder, Ijca-ind. kultur, pág. 60.

(82) Sapper, pág. 18; Skinner, cuadro XXIII.

(83) Nordenskiöld Comp. ethn. st., págs. 75-77, al igual que el mapa; compárese con P. Schmidt, pág. 1000.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

utilizan escobas elaboradas con una hoja de palma cortada [84]. Un gran caparazón de tortuga les sirve como tina para lavar maíz, etc. Los chimilas comúnmente utilizan grandes cestos (de carga) que se sujetan con una faja sobre la frente, así como también cestas semejantes pero más pequeñas para guardar diversas cosas. Los cestos de carga también son utilizados por los indígenas centroamericanos de su mismo origen. Los motilones cargan sus cosas en cestos, mientras que los arhuacos y los goajiros hacen uso de mochilas. Los chimilas también utilizan mochilas de fibra de corteza o de algodón, las cuales, sin embargo, sirven sobre todo para guardar cosas y se mantienen colgadas en las chozas. Sólo muy rara vez las llevan consigo. Lo mismo ocurre donde los motilones. Un tipo de mochila es tejido con cuerdas de fibra de corteza burdas. Mochilas parecidas se encuentran donde los goajiros pero no donde los demás indígenas del departamento del Magdalena. En contraposición a estas, los otros tipos de mochila que se encuentran entre las tribus indígenas por mí visitadas son de fique o de algodón con mallas densas y elaboradas con aguja e hilo. El tipo usual, el cual aparece donde los motilones (exclusivamente), ijcas y goajiros (así como otros) y en la colección de Bovalius de talamanca, es el que Nordenskiöld representa en Ethn. Studies I bajo el número 4a. Las mochilas de los chimilas, del mismo tipo, son muy angostas y hondas, comparables con las centroamericanas.

Las mujeres chimilas usan bolsas de algodón para cargar a los niños. Estas se elaboran de la misma manera como las hamacas y están dotadas de una faja de cargar de fibra de Heliconia. Las bolsas de cargar de los arhuacos son muy ingeniosas y se han desarrollado a partir de la faja de cargar, como ya demostré en otra ocasión. Con excepción de estas, en ninguna otra tribu por mí visitada observé fajas especiales o algo semejante para cargar niños. La difusión de la faja de cargar en Sudamérica fue estudiada por Nordenskiöld [85]. Los chimilas hilan algodón con husos. Estos últimos poseen un palito de madera e palma y un disco de caparazón de tortuga, o de barro cocido. En el primer caso tiene forma de disco y en el segundo caso es más o menos redondo [86]. El huso es, por consiguiente, del tipo llamado Bakairi. Para hilar el huso se pone en marcha haciendo girar su parte superior con la mano derecha de arriba hacia abajo contra el muslo derecho y, habiéndola puesto en marcha, se coloca verticalmente sobre un banquito o sobre algo semejante. Los talamancas al hilar colocan el huso en una calabaza [87] y usan volantes con forma de disco, lo cual también es el caso donde los arhuacos, goajiros y motilones. La fibra de corteza se tuerce con la mano, así como donde las tribus arriba nombradas. Los hilos de fibra de corteza y los de algodón se tuercen o se hilan, respectivamente, en parte hacia la izquierda y en parte hacia la derecha. Desgraciadamente no me fue posible conocer la manera como

(84) Bolinder, Ijca-ind. kultur, pág. 60; compárese con De Brettes, pág. 465

(85) Nordenskiöld Comp. ethn. st. I.

(86) Compárese con Frödin y Nordenskiöld, Sobre el retorcer del hilo y el hilar, Gbg. 1918, pág. 96, Figs. 48 a y b. - Véase ahí mismo la información sobre el torcer del hilo.

(87) Bovallius, pág. 234 y siguientes.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

tejen los chimilas, porque cuando yo los visité ya no tenían ningún telar. Es, sin embargo, probable que hayan usado el llamado telar arowak (sic), el cual todavía existe entre las demás tribus del departamento del Magdalena y que también es usado por los talamancas [88]. Es característico que donde los chibchas, sean los hombres los que efectúan el trabajo de tejeduría.

Los niños chimilas usan una tusa con dos plumas insertadas como juguete, con el cual efectúan ejercicios de lanzamiento. Koch-Grünberg encontró este tipo de juguete en el sur de las Guayanas y Nordenskiöld los encontró en Chané [89].

En cuanto a instrumentos musicales cabe decir que en mis visitas sólo observé los sonajeros elaborados de calabaza con semillas en su interior, comunes en esta región. El mango del sonajero traspasa la calabaza, de manera que el otro extremo del mango sale por el otro lado de la calabaza. Cuando De Brettes visitó los chimilas estos todavía tenían tambores. A juzgar por la longitud extraordinaria (2 1/2 mts) de estos tambores, al igual que por la disposición del parche del tambor y por la representación, se puede afirmar que estos tambores son de tipo puramente africano [90]. Los tambores se tocan con dos o tres palillos. También tenían tambores pequeños que se tocaban con las manos.

Es poco probable que los chimilas hayan conocido este tipo de tambor por otros que los esclavos negros. Sin embargo, es factible que antes de la Conquista hayan usado tambores cubiertos con piel tensionada. Según Oviedo, los indígenas de Santa Marta tenían tambores que consistían en un tronco ahuecado, cubierto con una piel tensionada, y que se colgaban entre las chozas [91]. Entretanto el tipo africano se ha vuelto predominantemente común. Los tambores ijcas ahora también recuerdan al tipo africano. Entre las tribus centroamericanas los tambores altos, delgados, cubiertos con piel de lagartija parecen ser los originales [92].

Los chimilas afirman que ya no ejecutan ningún baile. Ciertas festividades como la determinación del nombre de los muchachos, entierros, etc., se festejan mediante bacanales.

En cuanto a la cultura religiosa parecen existir ciertas semejanzas entre los arhuacos y las tribus chibchas de Centroamérica. En ciertos casos, en los que la semejanza también abarca los indígenas de la costa cerca de Santa Marta, se puede suponer que los chimilas tenían las mismas costumbres, sin embargo esto no se puede dar por seguro. Donde los ijcas y, más tempranamente, donde los indígenas de la costa al igual que donde los chibchas de Centroamérica, ciertas labores como la construcción de casas y caminos, etc., eran comunales y todos los indígenas estaban obligados a participar en ellas. Sólo se les daba comida y bebida como indemnización [93]. Nicolás de la Rosa relata que los chimilas tenían lugares especiales para fiestas y bailes, así

(88) Gabb, pág. 512.

(89) Nordenskiöld, Comp. ethn. st. II., págs. 112-113.

(90) Compárese con Ankermann, Die Afrikanischen Musikinstrumente. Berlin 1902. De Brettes, pág. 462.

(91) Oviedo, II, pág. 354: "Atambores grandes de seis ó siete palmos de luengo, hechos en un tronco vacuo de árboles gruessos y encorrados colgados en el ayre dentro de los buhios que sonaban mucho".

(92) Skinner, pág. 87.

(93) Bolinder, Ijca-ind. Kultur, pág. 181; Gabb, pág. 510.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia

como para la adoración de sus ídolos. Cada hombre tenía tantas mujeres como podía mantener. En los partos las mujeres se recostaban en las hamacas y se servían del brasero (?). El cordón umbilical se cortaba mediante dos piedras (generalmente las tribus chibchas lo cortan con un cuchillo de caña), después de lo cual la madre y el hijo eran bañados en un arroyo frío, lo cual también es usual en otros pueblos chibchas. Según Oviedo, los indígenas de la costa tenían relaciones homosexuales (94), lo cual aún hoy en día es costumbre donde los goajiros. No pude comprobar si esto también era usual donde los chimilas. Según Nicolás de la Rosa, eran muy apasionados por las mujeres, lo que, sin embargo pudo haber concluido por el hecho de que practicaban poligamia. Según me contaron sepultan sus muertos en la tierra. Julián dice haber visto cómo los chimilas le colocaron ofrendas funerarias a una indígena venida del Manzanares que ellos habían matado (95).

De lo anteriormente escrito se deduce que la cultura de los indígenas chimilas es semejante en muchos aspectos a la de sus parientes lingüísticos de Costa Rica, con los cuales su cultura, en general, tiene más en común que con los indígenas de la montaña, los arhuacos, que también son de habla chibcha y además viven más cerca.

A continuación sigue una tabla que describe la división del trabajo donde los chimilas y una lista de la pequeña serie de películas que nos fue posible filmar allá.

División del trabajo entre hombres y mujeres:

	hombres	**mujeres**
pesca	+	—
caza	+	—
agricultura (deshierbe)	+	+
siembra	+	+
trabajos en madera	+	—
trabajos en pluma	+	—
elaboración de mochilas	—	+
elaboración de armas	+	—
tejeduría	?	?
cosecha	(+)	+
tostado de alimentos	+	?
cocinar	—	+
costura	—	+
cestería	+	—
hilar	—	+
construcción de casas	+	+
cerámica	—	+

(94) "Son sodomitos abominables". Oviedo, II, pág. 355.

(95) Julián, pág. 158.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

Lista de las películas sobre los chimilas, filmadas con motivo de la expedición del Dr. Bolinder en el año 1920 (en total más o menos 200 mts):

— Los dos jóvenes del Río Ariguaní
— Los jóvenes vuelven al campamento a través del campo de maíz
— Chozas
— El viejo cacique lucha con la macana
— El mismo cacique con camisa y sombrero adquiridos recientemente
— Mujer tostando maíz
— Una mujer ciega recibe una dádiva
— Ejercicios con arco y flecha
— Choza de almacenamiento
— Asar a la parrilla
— Mujer hilando algodón
— El último muchacho
— Una choza con puerta baja

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.